

VALERIO MAGRELLI

I

Sube siempre por un lado
acaso por el meridión
aún inadvertida.
Pero ya confunde al sueño
alterando sus líneas y el tejido
apremia por debajo
forma nuevos pliegues.
Y se introduce al fin en la aureola
luciente de la sangre y de las venas,
en sus ramificaciones.
Este es el gran verano.
Igual que en su solsticio
todos los miembros vuelan hacia la luz. Sube
la temperatura de la tierra.

II

La fiebre me levanta hacia el calor
cual palanca que tuviera por apoyo
mi pulso izquierdo.
Aquí está el número
exacto de esos latidos
que me inflaman
y levantan en la noche
como a un dragón chino
de papel
incandescente e historiado.



III

En alto, aún más alto.
O bien asisto sólo a esta ascensión
sin involucrarme.
Soy ahora la piedra refractaria
puesta en la chimenea
para guardar el máximo de calor,
inerte, radiante y silenciosa,
un engaste de fuego
que arde muerto en la oscuridad.

IV

Después todo esto cesa,
termina la corriente ascensional.
Dejo la vertical del mercurio,
sus rieles, las cadenas
montañosas;
dejo el metal, dejo las minas
y el brasero sepulto,
el yacimiento
nocturno, la matriz del calor.
Dejo, dejado, déjame. ♦

Hace diez años —cuando creía tener lista la selección y traducción de los poetas italianos del siglo XX, para una vasta antología cuyo destino fue quedarse en galeras—, cayó en mis manos un ejemplar de La parola innamorata (Feltrinelli, Milán, 1978), que reúne parte de la obra de varios poetas jóvenes destacados. De entre ellos llamó poderosamente mi atención Valerio Magrelli, por ese entonces un joven de 21 años, poseedor de una sabiduría que se antoja ingénita y de una serenidad ejemplar en medio de las turbulentas corrientes literarias y sociológicas de la Italia de la posguerra.

Habito mi cerebro
como un tranquilo hacendado sus tierras.
A lo largo del día mi trabajo
consiste en hacerlas frutecer,
mi fruto en hacerlas trabajar.
Y antes de irme a dormir
me asomo a mirarlas
con el pudor del hombre
por su imagen.
Mi cerebro habita en mí
como un tranquilo hacendado sus tierras.

Éste y otros poemas que forman parte de un grupo de Naturalezas muertas, me persuadieron de cerrar la mencionada antología con estos poemas, precedidos por los de otro joven que murió a los 20 años de edad, Eros Alesi.

Dos años después apareció su primer libro: Ora serrata retinae (Feltrinelli, Milán, 1980), con un prólogo de Enzo Siciliano, que ras- trea amorosamente las vetas sustentadoras de esta poesía y aca-

ba de iluminar las penumbras que subyacen en la inteligencia de la mirada que la engendra. Y cito un fragmento de dicho prólogo: " . . . En estos versos hay una precisa luminosidad italiana. No la luz del estupor barroco, del estupor dannunziano, sino la luz de Morandi, la que proviene del empleo exacto, capilarmente exacto, de la punta seca, de la mina de plata.

"Es la poesía que nace de una costilla de Leopardi, y que fecunda la experiencia contemporánea de un Rébora, de un Sbárbaro, de un Cardarelli.

"Lejana —en una perspectiva a la zaga—, se halla la tradición de la prosa científica: el uso del léxico medio, suspendido in vitro, para que todos entendamos, y que nos permite descubrir, siempre que la encontramos, nuestra lengua capaz de milagrosas purezas."

En Nature e venature (Mondadori, Milán, 1987, cuya primera sección aquí aparece traducida), disminuye la cantidad de luz y aumenta la transparencia, dejándonos ver el pozo de una experiencia humana más honda, los pliegues que ocultaba una luz excesiva, algunas cartas marcadas subrepticamente en la partida. Ahora, más que la luz trasofada de Morandi, nos parece ver la luz despellejada de Cattafi, el claroscuro meridional que altera "las líneas y la urdimbre" tras las cuales acechan los monstruos del verano y de la fiebre, "como un dragón chino / de papel / incandescente e historiado". La luz sigue estando presente, omnisciente, pero ya no capilar, inquisitiva, sino como materia desprendida de la combustión interna.

Sección a cargo de Guillermo Fernández